Café Gijón



Primera edición en Reino de Cordelia, noviembre de 2021

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia
www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Esteban Gozalo, 1996

Dibujos © Javier de Juan, 2021

IBIC: FYB
ISBN: 978-84-18141-73-7
Depósito legal: M-28594-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Café Gijón

José Esteban

Dibujos de Javier de Juan





Índice

Prólogo / *Realidad y fábula* 7

Café Gijón 13

Reacciones y apostillas a la primera edición 147





Prólogo

Realidad y fábula

En junio de 1996, concretamente el día 8 de ese mes, Joaquín Arnáiz se hacía eco en *Diario 16* de *Café Gijón*, el libro, novela o lo que sea de José Esteban que atrapaba en muy pocas páginas un soplo de la vida del Madrid de los cafés, de las tertulias, de los grandes y pequeños acontecimientos que fueron cimentando un poblachón manchego al que la emigración de la España pobre (casi el resto el país) convertiría en una gran ciudad.



«La literatura española siempre ha contado con numerosos próceres y padrinos, pero también, y para suerte de ella, con personajes como

[Rafael] Cansinos-Assens o José Esteban que, como Diablos Cojuelos, levantan todos los días cristaleras y tejados para dejar entrar el aire y las ideas en tertulias y negociados varios. Decir que Esteban fue uno de los fundadores de Ciencia Nueva y de Turner, y de una editorial, Ediciones del Árbol, donde tuvimos la suerte de ver textos como *La cocina del Quijote*, de Cesáreo Fernández Duro, es apenas dar datos estadísticos. José Esteban es editor y novelista (¿quién ha contado mejor que él, en *El himno de Riego*, la tragedia de los liberales españoles?), pero sobre todo es hombre de tertulias, amigo entre amigos, cuya presencia siempre es bien acogida entre los grupos de escritores (cosa rara y feliz milagro).

Y todo eso sucede, creo yo, entre otros factores, por la extraña mezcla de sensibilidad, sociabilidad y saber bien vivir que posee José Esteban. De ahí, que pocas personas estaban tan capacitadas como él para escribir esa pequeña obra maestra que es *Café Gijón* (casi un opúsculo, para duelo de quienes lo quisieran de mayor industria, por no ver menguarse tan rápidamente las páginas y los placeres).

Buen mantenedor de tertulias (en el café Pelayo, ya desaparecido, en sus años jóvenes), frecuentador del Gijón, traza con maestría en una serie de cuadros las varias escenas que han ido suce-

diendo en ese café madrileño por el que todos los escritores han pasado alguna vez (y algunos se han quedado allí para siempre, como asevera con humor José Esteban), y donde los placeres orales («lo más apasionante de una novela es que te la cuente el autor», asegura Esteban) se amalgaman con las últimas batallas por la supervivencia del heredero natural de los cafés decimonónicos, o con la alargada sombra de tantas tertulias de famosos (de Cela a Umbral) que han pasado por sus sillones de terciopelo rojo.

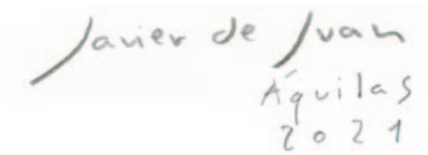
José Esteban lo cuenta todo y con nombres y apellidos. Y narra lo vivido, pero también lo entrevisto o lo que seguramente podría haber sucedido. Porque *Café Gijón,* como el propio Café o la misma literatura son tanto realidad como fábula, personajes como mitos, constituidos de esa frágil materia con la que se hacen los sueños y también, y sobre todo, la verdadera literatura».

Joaquín Arnáiz no imaginaba que estaba escribiendo el prólogo para una segunda edición de *Café Gijón* que, con dibujos del pintor Javier de Juan, se iba a publicar veinticinco años más tarde.

Jesús Egido



He querido acompañar a Pepe Esteban en esta labor de alargar el recuerdo de poetas, pintores y escritores; de algún torero, de bohemios, de diletantes, de madrileños de provincias, de gentes de cine y plumillas; de caraduras, de ingenuos entretenidos; de profesionales y de aficionados, poniendo cara a cada nombre para fijar su memoria al papel, a ver si viéndolos os da por hurgar en los anales digitales. A ver quiénes son, quiénes fueron.



Café Gijón

José Esteban

Dibujos de Javier de Juan




los cursis
de provincias

El Café Gijón, o el Gran Café de Gijón, como reza el rótulo y dicen los cursis o los que quieren darse importancia, abre sus puertas sobre las siete de la mañana y las cierra, poco más o menos, depende de la clientela, sobre las dos de la madrugada. El gijón, así con minúsculas, como le llaman los asiduos, que también quieren, a su propio y particular modo, darse su importancia, es un café antiguo, centenario. Existen varios libros que cuentan su historia y los acontecimientos, generalmente mínimos, que allí han tenido lugar, y que han sido, en tan largo tiempo ya se puede, muchos y variados

y sobre todo atractivos para los jóvenes poetas, para los cursis de provincias y para algunas señoras que les gusta presumir de bohemias y atrevidas entre sus conservadoras amistades. El resto del personal pasa y solo le sirve de conversación en los momentos de aburrimiento, que son muchos, que son más de los que cabría esperar. Porque el Café, entre otras muchas cosas, ya cantadas por los poetas y los contertulios, es, a veces, más de las necesarias, más de lo que debiera, un lugar de aburrimiento, de un aburrimiento pesado, silencioso, en que a los concurrentes, aunque sean poetas, no se les ocurre nada, o aunque se les ocurra algo, los otros, los tertulianos, ya lo tienen muy oído.



Por el Café Gijón, a lo largo y ancho del día, pasan muchas, incontables personas, de todo tipo y condición. Por la mañana, se sirve el café, calentito y apetitoso, al que tan aficionados son los madrileños. Solo, o con leche, o largo de café, o expreso, o manchado y un largo etcétera. Cada madrileño tiene sus propias y personales costumbres.

—¿Con leche?

—Sí, Damián, pero descafeinado.



Los asiduos, los conocidos, los que saludan y son saludados por la casi totalidad de la concurrencia, conocen el nombre de algunos camareros o de los que atienden la barra y les llaman por sus propios nombres de pila. Esto, en el Gijón, tiene su caché y hay que conservarlo.

—¿Aquí quién sirve? —vocea un señor atildado, que, como todo el mundo, quiere ir al menos una vez al Gijón.

—Aquí no se sirve, se atiende.

—Perdone, pero en otros cafés…

—Mira el listo. Eso será en su pueblo.

En el Gijón, los empleados, lo que el cursi de Pepe Esteban llamó en un libro «el alma del Gijón», se turnan, y cada uno entra cuando le toca y se marcha, también, cuando le toca. ¡Estaría bueno!

—Oiga —dice el no iniciado—. ¡Quiero un Camel!

—Todavía no ha venido Alfonso.

El cerillero, como siempre ha pasado en todo café que se precie, es elemento personal e intransferible y de decidida importancia. El cerillero vende tabaco, es lo suyo, lotería y periódicos, libros de amigos y postales del café de las cercanías, tales como la consabida Cibeles, la Puerta de Alcalá y el Paseo del Prado.

—Qué bonita está aquí la Puerta de Alcalá, rodeada de tulipanes amarillos —dice extasiada la poetisa lírica, que ha cantado ya casi todas las glorias madrileñas en sus versos.

—Sí, no está mal —contemporiza el cerillero.

Antes, en los buenos tiempos, cuando el Gijón era el Gijón, había limpiabotas, al que llaman bolero en algunos países hispanoamericanos, y hasta chico para los recados y al que los muy ilustres escritores de entonces enviaban a por tabaco y a llevar los artículos al periódico. Hoy,

unos y otros, los escritores ilustres y los chicos de los recados, brillan por su ausencia.

El Café, es lo cierto, tiene una luz especial a cualquier hora del día. Los árboles del Paseo de Recoletos ciernen medidamente sus rayos del sol y esparcen por el local una luz suave, diáfana, siempre la necesaria y suficiente, y dan a las caras un color y un calor especiales, un color y un calor que a todos, bueno, a casi todos los asistentes, les sienta muy bien.

El Café Gijón, hay que decirlo, es un Café famoso. Sobre todo en provincias y también, y sobre todo, entre los aprendices de poeta y de escritor. También es conocido en Madrid, pero aquí la gente pasa más de todo y si bien se sienten orgullosos de tener un Café famoso, tiene que entrar en competencia; porque en Madrid casi todas las cosas, tanto las buenas como las malas, llegan a hacerse famosas. Tanto el Banco de España, como el Cerro del Tío Pío.

Sin embargo, el Café, todos los Cafés y no solo el Café Gijón, han sido para, por, según, sin, sobre, tras los madrileños una verdadera institución.

—¿Adónde vas?

—Al Café —contesta el madrileño con la naturalidad del que va a su casa.

—¿De dónde vienes?

—Del Café —y se quedan tan anchos. Pero sobre todo, los poetas madrileños han hecho del Café su hogar, cuando no lo tenían, y ahora que, más o menos, lo tienen, unos van, y, lógico, otros vienen, y allí, al calorcillo, a la suave luz cernida por los visillos, se cuentan sus cosas, sus proyectos y, cómo no, descalifican al ausente, sin ninguna contemplación.

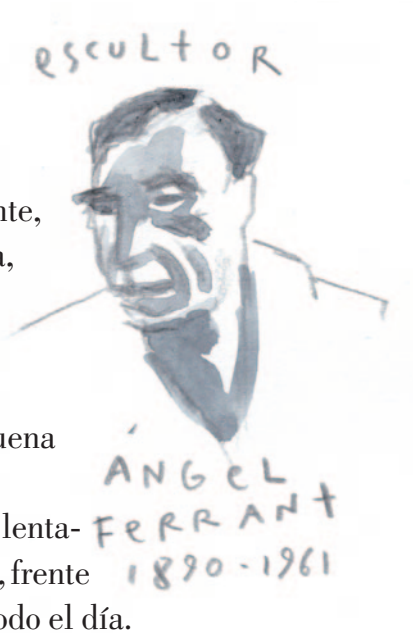
«¿Sabes el ser poeta
en qué consiste?
En hablar mal de todo
lo que existe».

Así sentenció un epigramático espíritu una noche de deslenguada pasión.

Los poetas hablan también mal y echan pestes de los editores.

—No te creerás lo que me dijo. ¡Qué me pagara la edición!

Idos ya los cafeteros madrugadores y ocupados, el Café recobra su ritmo lánguido y cordial, su claroscuro nítido y sensual. Algunas mesas están ocupadas y los camareros charlan animadamente alrededor del llamado «muro de



las lamentaciones», especie de saliente, que cobija la bajada a la cripta y soporta, amén de la lograda y estilizada escultura de Ferrant, cucharas y servilletas, así como abrigos y papeles de los asiduos que encuentran sostén en su buena madera.

Alfonso llega sobre las doce. Abre lentamente su tenderete y ocupa su banqueta, frente y al lado del primer ventanal, ya casi todo el día. A veces se levanta y limpia de vasos el barandal del muro y saluda e increpa a Paco Alcaraz, vecino y asiduo y restaurador de muros y maderas.

Las mesas están ya a punto para las comidas del menú, que, de nuevo, los oficinistas de la zona ocuparán a partir de la una.

—No, aquí ya no pueden sentarse. Es para la comida.

—Tiene cojones, ya no puede uno sentarse ni en el Gijón —protestan algunos sin mucha convicción.

—Paso, ¡qué mancho! —gritan los camareros con las bandejas.

—¿Qué menú hay hoy, Ángel?

—Mira la carta, tío.

—Los jueves, paella.

La barra, son ya más de la una y media, está concurrida y animada. Suena a griterío barato, a chocar de copas, a imprecaciones cariñosas.

—Toma algo, hombre.

—Blanco. Ponme un blanco.

Suena el teléfono.

—¡Pepe Díaz! —grita Alfonso.

Antonio Artero charla animadamente y ya «el muro de las lamentaciones» está atiborrado de copas y escritores.



—Paso. ¡Esto está imposible! —chillan los camareros.

Suena, chirriando, la caja registradora.

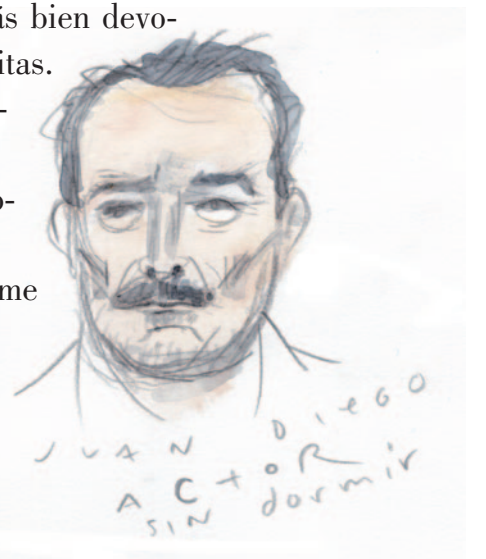
En la mesa que durante años ocupó silencioso y sentencioso todas las mañanas del año el escultor Cristino Mallo, unos oficinistas comen, más bien devoran, su bistec con patatas fritas.

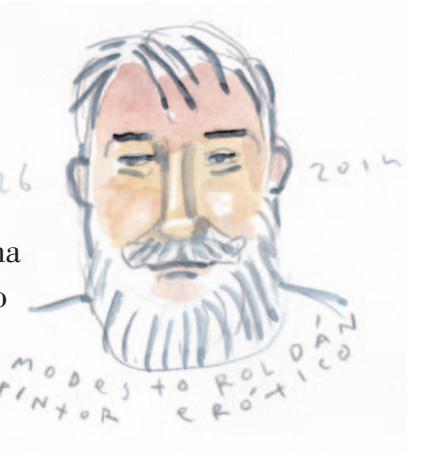
—Mira —comentan ensimismados—. ¡Es Juan Diego!

Juan se acerca a la barra somnoliento:

—No nos hemos acostado. Pídeme un whisky, Pepe.

—Yo te lo pido —dice Javier Ribalta.





—Espera, que voy a hacerte un apunte —grita para hacerse entender Modesto Roldán, el pintor erótico que ha publicado dibujos en compañía de Picasso y otros no menos grandes.

—No te pongas pesado —grita Adolfo, asiduo de los de mañana, tarde y noche.

El público, ya lo dijimos, cambia y se renueva constantemente. La tarde la copan los poetas. Los poetas ocupan dos mesas y hablan, como todo el mundo, por los codos. Es una tertulia antigua, con solera, que presidió Gerardo Diego y que hoy continúan sus viejos compañeros. Parece ser que se renueva poco. Casi todas las tardes son los mismos, pero esto no parece importarles. Quizá mejor. Pocos, que no lo son tanto, pero bien avenidos. Algunos, después, cambian de sitio, y juegan apasionadamente al dominó. A pesar de llamarse de los poetas y también, siempre hay maledicentes, «el club de los poetas muertos», ellos están bien vivos y en la tertulia se habla de todo y de todos y hasta de política, que hoy, no hace falta decirlo, está a la orden del día. Abundan, a pesar del nombre, muy otras profesiones. Magistrados, fiscales y algún que otro editor. Y también mujeres, no mu-

chas, pero sí alguna, que dejan oír su voz clara y con rotundidad.

—Hoy, desengañaos, la poesía está en manos de la mujer.

—¡Qué vas a contarnos! Como todo.

—Bueno, todo no. Mejor casi todo.

—Pero al paso que vamos…

La tertulia vive la vida más que la literatura. Se comenta la corrupción, los corruptores y los corruptos y, cómo no, se piden penas a mansalva para los ensuciadores de la vida nacional. Se habla también de premios literarios, de los modernos premios provincianos, ya que no hay ayuntamiento que se precie que no convoque su certamen con una generosidad digna de viejos tiempos. Lo malo es que la parte del león la reservan para los naturales del municipio.

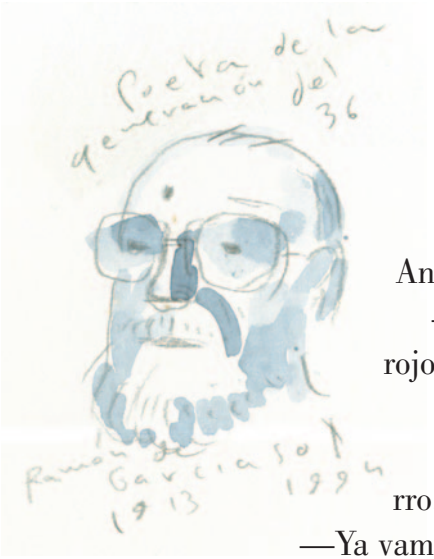
—No hay derecho, hombre. Ese premio me venía a mí como anillo al dedo.

—Pues cámbiate de pueblo.

—¡Cómo si los españoles no fuéramos todos uno!

—¡Eso era antes!

La tarde va cayendo y la conversación languidece, sin llegar a morir del todo. Siempre hay noticias, sucesos y hasta libros. Además nunca faltan los espontáneos.



—Es solo un momento. Se ha muerto Andújar.

—Pobre hombre. Solo se mueren los rojos.

—Llevaba tiempo malo.

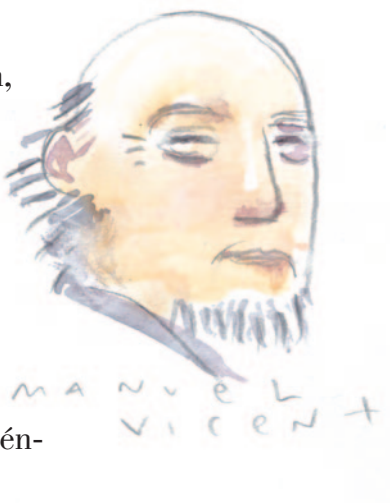
—Ramón de Garciasol iba al entierro.

—Ya vamos quedando menos.

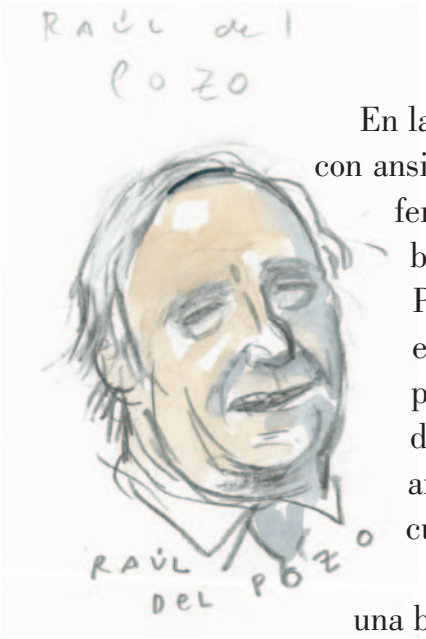
Los tertulianos pasean melancólicamente su mirada por el Café y su insaciable trasiego. Otras tertulias empiezan a formarse y en el mostrador, dos desconocidos, vaso en mano, discuten acaloradamente. Se trata si los del PSOE son o no son unos chorizos.

—Tú, de política nada, tío.

—¡Eso, tú! ¡Vamos anda!



De las mesas de mármol ascienden, como el humo, ideas y proyectos, posibles cuentos y líricos poemas, que los unos cuentan a los otros y sobrevuelan por y sobre las cabezas de los parroquianos, más preocupados de su exigua situación económica que de si Cernuda es hoy el poeta más significativo del 27 o si Juan Ramón fue toda su vida un auténtico malvado.



En la tertulia de Manolo Vicent se espera ya con ansiedad el artículo antitaurino del año. La feria está ya a la vuelta de la esquina. También se habla de la novela de Raúl del Pozo, que ha sido causa de un rifirrafe entre escritores, y en el que ha tomado parte hasta el propio Cela, antiguo asiduo del Café, y del que se cuentan algunas anécdotas de cuando en cuando; muy de cuando en cuando.

—Te acuerdas cuando Camilo le soltó una bofetada al poeta Jesús Juan Garcés.

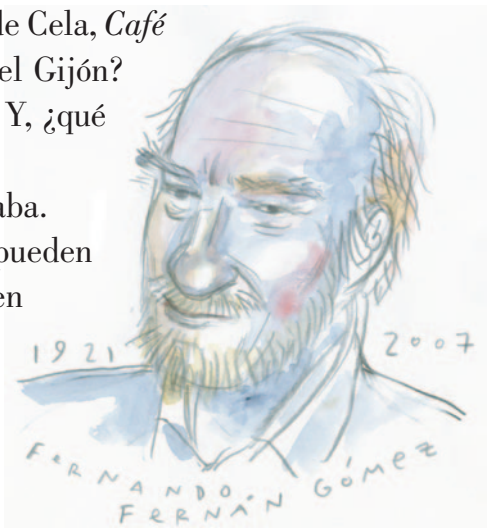
La sombra de Cela, como las ideas de posibles sonetos y los bocetos de cuentos para los inminentes concursos, sobrevuela también, misteriosamente, por todo el ámbito del Café.

—¿Tú crees que la novelita de Cela, *Café de artistas* está ambientada en el Gijón?

—Puede ser o puede no ser. Y, ¿qué más te da?

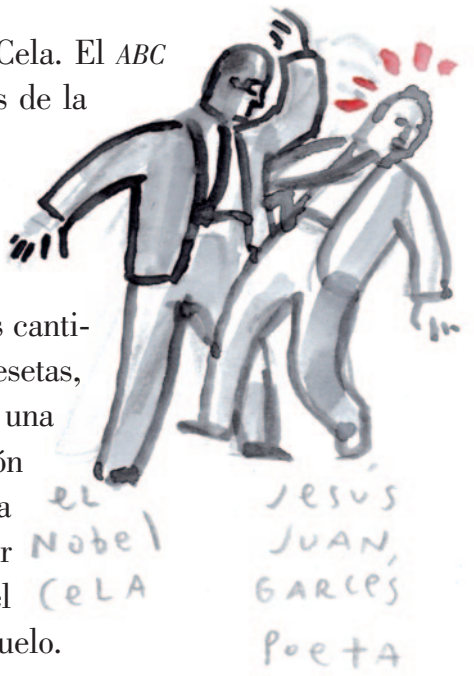
—Hombre, yo solo preguntaba.

El Café Gijón, como solo pueden darse el gusto muy otros Cafés en España, y hasta en Europa, tiene su premio literario. Un premio literario con varios años a



la espalda, creado por Fernando Fernán Gómez, y ya algo consolidado si bien poco tenido en cuenta por esa gente que se llaman críticos literarios. Ello no es óbice para que se siga convocando todos los años.

—Ya recuerdo la bofetada de Cela. El *ABC* publicaba por aquellos días y años de la Juventud Creadora una lista de donantes para una suscripción patriótica. Una mañana aparecía al final de la lista, toda de nombres conocidos y hasta famosos, con sus cantidades aportadas de 500, 200 y 100 pesetas, el nombre de Camilo José Cela con una modesta y hasta ridícula aportación de 50 céntimos. Cela montó en cólera y al conocer el nombre del infractor le soltó una bofetada que dio con el corpachón del poeta y marino en el suelo. La cosa fue muy celebrada.



El Café tiene también una vida nocturna que ninguno de los asiduos a las tertulias suele ver y vivir, pero que todo el mundo sabe y adivina. Sus gloriosos fantasmas vuelven de donde sea y se reunen, tranquilamente, cuando el resto de los mortales, algunos futuros fantasmas, ya nos

hemos ido a la cama, o algunos, los más recalcitrantes a Oliver. No se puede, impunemente, haber pasado por el Café Gijón y no desear volver desde el otro mundo.

—¿Tú crees, de verdad, que por las noches vuelven los fantasmas a tertuliar en el Café?

—Estoy seguro.

—¡No seas malaje! Con esas cosas no se juega.

—¿Usted cree que *La Colmena* de Cela está inspirada en el Gijón?

—Hombre no sea pesado y pregúnteselo al propio Camilo que está vivito y coleando.

Los proyectos de revistas poéticas, de hojas volanderas; las posibilidades de sacar dinero a la Administración, a las fundaciones culturales, que para eso están y que tanto proliferan y nadie sabe en concreto lo que hacen, revolotean por la atmósfera ya cargada del Café.

—La Caja de Madrid tiene mucho dinero.

—También lo tiene la Fundación Banesto, mira este. Lo importante es tener amistades para sacarlo.

—O ser del PSOE.

Los poetas, entre ese loco gremio de los aspirantes a escritores, son los más inquietos; los más bullidores al menos. Publicar un poema es fácil,

o debería serlo. Una novela y hasta un cuento son proyectos más difíciles de alcanzar, casi imposible.

—El problema es que no hay revistas.

—Tampoco hay editoriales. ¡Mira este!

«Mira este», es latiguillo muy usado por un aprendiz de novelista, con influencias celianas y que sueña con replicar a la ya vieja *Colmena* con una novela sobre el Madrid de Felipe González.



—¿En qué año sucede?

—Como *La Colmena* no tiene fecha fija; sucede en estos años de falso socialismo y se dan todas las claves, tanto de acontecimientos como de personas, para poder fijar la fecha con facilidad.

—Bueno, eso ya lo harán los críticos del futuro, si es que en el futuro quedan críticos.

En el Café, sentados en sus mesas, como si tal cosa, están esperando su turno los derrotistas o los también conocidos como catastrofistas, que acaban en un segundo con todos los sueños y con todos los proyectos.



—Os lo digo yo. No merece la pena nada.

—Ya empezamos.

—Pareces la alegría de la huerta.

Los pintores también bullen en el Café. Comentan las pocas exposiciones de categoría, lo que se llevan las galerías por no hacer nada. Los pintores, aunque parezca raro, también hablan de toros.

—Joselito es de lo poquito que nos queda.

Mauro Armiño, que ya es abuelo, pregunta por el centenario de Antonio Espina. Marco Ricardo Barnatán le dice a Pepe Esteban:

—Ya he visto tu artículo sobre los descervantados.

Pepe Esteban, a su vez, le comenta de los libros que se saldan en la vecina feria, que este año se ha adelantado, con gran cabreo de los libreros, para que en San Isidro puedan exponerse en el Paseo de Recoletos las gordas, las inmensas esculturas de Botero, que ahora, al parecer, se encuentran en Italia; le cuenta de los libros que Marcos editó hace unos años en una editorial llamada Biblioteca del Dragón, con títulos tan sugestivos como el *Diccionario del diablo* de Ambrose Bierce y un provocativo



Diario de Adán y Eva de Mark Twain, con prólogo de Borges y prohibido durante años en la nunca olvidada España de Franco. «Esa nueva criatura de pelo largo sale al paso a cada momento», escribe Adán refiriéndose naturalmente a Eva. «AMISTAD.– Barco lo bastante grande para llevar a dos con buen tiempo, pero a uno solo en caso de tormenta», define Bierce.